

# La maravilla *filosófica y ontológica* de la Encarnación

## Introducción

Dado que la cita que enseguida copiaré, perteneciente al papa Juan Pablo II, es algo extensa, la introduzco con estas palabras aquí mismo seguidas, palabras que no tienen por tanto otro objeto que el de evitar la introducción sin previo *aviso* de la cita a que me he referido. Ahí va:

Cualquiera que, conociendo el Antiguo y el Nuevo Testamento, lee el Corán, ve con claridad el *proceso de reducción de la Divina Revelación que en él se lleva a cabo*. Es imposible no advertir el alejamiento de lo que Dios ha dicho de Sí mismo, primero en el Antiguo Testamento por medio de los profetas y luego de modo definitivo en el Nuevo Testamento por medio de su Hijo. Toda esa riqueza de la autorrevelación de Dios, que constituye el patrimonio del Antiguo y del Nuevo Testamento, en el islamismo ha sido de hecho abandonada.

Al Dios del Corán se le dan nombres que están entre los más bellos que conoce el lenguaje humano, pero en definitiva es un Dios que está fuera del mundo, un Dios que es *sólo Majestad, nunca el Emmanuel*, Dios-con-nosotros. *El islamismo no es una religión de redención*. No hay sitio en él para la Cruz y la Resurrección. Jesús es mencionado, pero sólo como profeta preparador del último profeta, Mahoma. También María es recordada, Su Madre virginal; pero está completamente ausente el drama de la Redención. Por eso, no solamente la teología, sino también la antropología del Islam, están muy lejos de la cristiana.

Sin embargo, *la religiosidad de los musulmanes merece respeto*. No se puede dejar de admirar, por ejemplo, su fidelidad a la oración. La imagen del creyente en Alá que, sin preocuparse ni del tiempo ni del sitio, se postra de rodillas y se sume en la oración, es un modelo para los confesores del verdadero Dios, en particular para aquellos cristianos que, desertando de sus maravillosas catedrales, rezan poco o no rezan nada en absoluto.

El Concilio ha llamado a la Iglesia al *diálogo* también con los seguidores del "Profeta", y la Iglesia procede a lo largo de este camino. Leemos en la *Nostra Aetate*: <<Si en el transcurso de los siglos no pocas desavenencias y enemistades surgieron entre cristianos y musulmanes, el Sacrosanto Concilio exhorta a todos a olvidar el pasado y a ejercer sinceramente la mutua comprensión, además de a defender y promover juntos, para todos los hombres, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad>> (n. 3)

Desde este punto de vista han tenido ciertamente, como ya lo he señalado, un gran papel los encuentros de oración en Asís (especialmente la oración por la paz en Bosnia, en 1993), además de los encuentros con los seguidores del islamismo durante mis numerosos viajes apostólicos por África y Asia, donde a veces, en un determinado país, la mayoría de los ciudadanos está formada precisamente por musulmanes; pues bien, a pesar de ello, el Papa fue acogido con una grandísima hospitalidad y escuchado con pareja benevolencia.

La visita a Marruecos por invitación del rey Hasán II puede ser sin duda definida como un acontecimiento histórico. No se trató solamente de una visita de cortesía, sino de un hecho de orden verdaderamente pastoral. Inolvidable fue el encuentro con la juventud en el estadio de Casablanca (1985). Impresionaba la apertura de los jóvenes a la palabra del Papa cuando ilustraba la fe en el Dios único. Ciertamente fue un acontecimiento sin precedentes.

Tampoco faltan, sin embargo, dificultades muy concretas. En los países donde las *corrientes fundamentalistas* llegan al poder, los derechos del hombre y el principio de la libertad religiosa son interpretados, por desgracia, muy unilateralmente; la libertad religiosa es entendida como libertad de imponer a todos los ciudadanos la "verdadera religión". La situación de los cristianos en estos países es a veces de todo punto dramática. Los comportamientos fundamentalistas de este tipo hacen muy difícil los contactos recíprocos. No obstante, por parte de la Iglesia permanece inmutable la apertura al diálogo y a la colaboración.\*

## 2. Cuerpo de la reflexión

El no querer sacar a toda costa leña del árbol caído es a menudo un consejo ciertamente recomendable: remover ascuas y cenizas para avivar el fuego de una polémica, de una controversia o cuestión disputada cualquiera, no siempre ayuda en la búsqueda y la ulterior aprehensión de las pistas y soluciones mejores

---

\* Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza* (entrevistas mantenidas con el escritor y periodista italiano Vittorio Messori). Plaza & Janés, Barcelona, 1994, 226 pp.

para cada caso controvertido; muy al contrario, no raramente ese querer sacar ganancia y partido a río revuelto, suele acabar convirtiéndose en estrategia y ejercicio que entorpece –insisto en dejar claro esto- la comprensión y solución más idóneas a cada controversia de que se trate.

Considero que soy muy consciente conocedor de lo que acabo de exponer. Con todo, la *oportunidad* -que no oportunismo, o al menos espero evitarlo aquí- de este escrito viene dada por la casi simultánea aparición pública que han tenido en el panorama mundial de las noticias (en esta aldea global que es el mundo, para bien y para mal), ciertamente que no por otra causa que por una mera coincidencia, la publicación de la primera encíclica de Benedicto XVI (ese bellissimo texto intitulado *Deus caritas est*) y esa oleada de reacciones de airadas protestas, en una mayoría de países musulmanes e incluso en territorio de la Unión Europea, que informativamente hablando se ha dado en llamar “crisis de las viñetas o caricaturas del profeta Mahoma”. Según lo que se ha informado, las protestas continúan a día de hoy (19-02-2006), y ya se han cobrado algunas decenas de víctimas mortales.

Además, ahí tenemos el texto citado, perteneciente al magisterio *ordinario* del papa Juan Pablo II y que, ciertamente, no ha perdido ni un ápice de actualidad ni de verdad ni de razón de ser: los cristianos – como señala el Papa en esta aproximación suya al Islam- deben quedar abiertos al diálogo siempre, pero desde la verdad profesada, huyendo, así pues, de falsos irenismos y desgraciadas concesiones en pro del entendimiento y del diálogo. Lo único que puede salvarnos y hermanarnos es la verdad, y por ende, el respeto a las legítimas diferencias resultantes en la búsqueda de los caminos de la verdad.

Pero a fuerza de ser sinceros y en todo caso dando por válido lo anterior dicho, y asimismo para tratar de ser en este particular que nos ocupa más concretos y exactos, conste que el impulso final hacia la escritura de esta reflexión me lo ha brindado mi reencuentro, por pura casualidad, con un pequeño ensayo que, bajado en su momento por mí de Internet<sup>1</sup> y titulado “Sexualidad y espiritualidad”, olvidé, seguro, trasapelado entre mis papeles.

Gracias a tal artículo y sobre todo tras la gozosa lectura de la primera encíclica de Benedicto XVI y también en parte no poco sobrecogido por las violentas reacciones de, muy probablemente, grupos minoritarios de musulmanes indignadísimos y ofendidos por la publicación de las viñetas o caricaturas de Mahoma, he reparado en cuestiones como el diálogo interreligioso, la visión que de Occidente y del cristianismo se tiene en el Islam, la llamada alianza de civilizaciones (se entiende que principalmente entre cristianismo e Islam)... Y de manera muy acentuada o especial he querido reparar en esa invitación -y así centrarme en ella-, tan querida por nuestro Papa actual, a que seamos apasionados cooperadores de la verdad que, embarcados en tal empresa, en tal búsqueda, en realidad no han de temer ni rehuir el diálogo con la cultura actual, con las otras religiones, muy al contrario, de suerte que el cristiano ha de ser consciente en todo momento y lugar de que Cristo Jesús, que es la plenitud de la revelación de Dios Padre al hombre, tiene siempre para éste una palabra salvífica.

Pues bien –lo adelanto ya-, el texto de Ibrahim Cabrera no puede ser más tendencioso y sesgado: entiendo que un buen musulmán lo es porque no es un buen cristiano (*venerar* a Jesús como profeta que anuncia a Mahoma está bien, pero ello obviamente no responde a la verdad del cristianismo sobre su *fundador*), y viceversa, pero de ahí a practicar la más gruesa de las tendenciosidades... Así no puede haber diálogo interreligioso fecundo, ni alianza de civilizaciones posibles, ni amor compartido a la verdad.

No obstante estas advertencias y denuncias, he de confesar que lamento no disponer de mayor espacio para entrar en pormenores sobre el contenido de “Sexualidad y espiritualidad”, cuyas líneas maestras solamente podré exponer de forma esquemática. Aun así, confío en no traicionar el “espíritu de la letra” del escrito del señor Ibrahim Cabrera.

El autor de “Sexualidad y espiritualidad”, así pues, ya conocemos que es un tal Hashim Ibrahim Cabrera. Sospecho que, por su segundo apellido, puede tratarse de un converso, esto es, de alguien que procediendo de un cristianismo más o menos asumido o madurado pero finalmente rechazado, ha acabado convirtiéndose en fiel de la religión predicada por el profeta Mahoma<sup>2</sup>. Su artículo viene a ser un alegato,

---

<sup>1</sup> Revista *Verde Islam* nº 18, año 6, 2002.

<sup>2</sup> Sea o no un converso al islam Hashim Ibrahim Cabrera, lo sí cierto es que las comunidades musulmanes reciben con alborozo las conversiones religiosas (al parecer, de varios miles cada año, no pocas de ellas conversiones a la fuerza, so pena o amenaza incluso de muerte en caso de negativa: verbigracia, pensemos en regiones de Indonesia, en Sudán, etcétera), pero no son nada amigas de las conversiones de musulmanes a otras religiones, por ejemplo, al cristianismo; muy al contrario, de tan mal vistas y consideradas como están estas últimas, resulta que en algunas regiones del mundo islámico están castigadas... con la pena de muerte, ejecutada contra la persona del infractor-desertor-apóstata: por salvar la integridad de la *umma* (la mejor comunidad que Dios ha dado al hombre: *Corán*, III, 106), se extirpa de raíz todo posible mal, no sea que se enquistase en el tejido social. Así que he nos aquí ante una primera pregunta: Así las cosas, ¿dónde está la reciprocidad en el trato a los que no son de *los míos*? ¿Cuáles son los términos en que se expresa y cuál el alcance real de la libertad de conciencia y religiosa en los países de mayoría islámica? A este respecto, casi le recomendaría a Hashim Ibrahim Cabrera que leyera en *El País* del domingo 26 de febrero de 2006, un muy interesante reportaje en el que se da cuenta de las enormes dificultades –y peligros, a menudo fatales- que entraña el ser cristiano en los países de mayoría islámica. No creo que haga falta recordarle que para la ortodoxia islamista la apostasía religiosa –con conversiones al cristianismo, por ejemplo- está peor considerada que el mismísimo ateísmo, lo cual significa exactamente lo que los amables lectores están ya pensando, esto es, que es

que se quiere científico y por ende riguroso –y en modo alguno lo consigue, a mi juicio-, contra la encarnación del Verbo, acusación-negación que por cierto es totalmente consecuente viniendo de quien viene: se es musulmán si se niega la condición mesiánica de Jesús, el *Cristo*, Hijo de Dios, Hijo del hombre, el Salvador de la humanidad (en definitiva, todos los títulos cristológicos), en aras de un monoteísmo radical que niega toda luz y toda sombra posibles de la ya referida encarnación del Verbo<sup>3</sup>.

Para Hashim Ibrahim Cabrera la encarnación del Hijo de Dios ha causado a la humanidad un enorme daño filosófico y antropológico, ahí es nada. Como a mi juicio –ni que decir que en conformidad con la visión cristiana- ello no es verdad en modo alguno y sí justamente todo lo contrario, y dado que la reacción violenta de no pocos musulmanas, o de los que sean si es que no son muchos, ofendidos por la publicación *europaea* de unas viñetas o caricaturas ofensivas hacia o contra la persona del profeta Mahoma, tiene que ver directamente y no poco con la no aceptación del misterio cristiano de la encarnación de Jesucristo<sup>4</sup>, continuemos con esta reflexión escrita.

Como ya he adelantado en esta misma reflexión, pasa por ser una *certeza* de la fe –cristiana- el considerar que la no aceptación de la encarnación del Hijo de Dios ensombrece y empobrece la comprensión de la dignidad del hombre, que es *imago Dei* que solamente a la luz del Verbo encarnado que es Cristo es capaz de *comprender-se a sí mismo* en plenitud. Además, el misterio de la encarnación posibilita –no obstante ser un *misterio* que sólo podemos comprender parcialmente, esto es, siguiendo en esto al apóstol Pablo, como a través de espejos-que no sea tan *grave* representar a Dios y las cosas de Dios mediante imágenes: Dios se nos ha revelado en la persona de Jesucristo, se ha hecho, así pues, *uno como nosotros*, ha venido a nuestro encuentro, en nuestro auxilio... De ahí que ese ser *Emmanuel o Dios con nosotros* legitime que el hombre pueda representarlo. Dios, sin dejar de ser el Creador omnipotente y misericordioso, le ha dado por amor *su confianza* al hombre; éste, agradecido, se la devuelve en forma de filiación de amor que busca la cercanía, el *dar-se* confiadamente a Dios, el *tutear* a Dios, según nos enseña el mismo Cristo Jesús: para que así adoréis a *mi Padre* y a *vuestro Padre*.

Por consiguiente, Dios manifiesta su voluntad *definitiva* al hombre mediante la persona de Jesucristo, y ello no para fastidiarnos la fiesta de la vida, cosa que afirma acusatoriamente Hashim Ibrahim Cabrera, y sí para comunicarnos que la plenitud del Reino, que comienza ya aquí en la Tierra, será la visión beatífica, ver a Dios cara a cara –y no “a través de espejos”, que es como lo percibimos en nuestra vida

---

completamente preferible entre los musulmanes ser de hecho un *ateo*, vivir en la práctica como si tal se fuese, con tal de permanecer al menos formalmente como miembro de la comunidad islámica, de la *umma*, que declarar formalmente que se ha abrazado una nueva religión, pongamos, el cristianismo. Desde luego, por más vueltas que le doy al asunto, me tropiezo siempre con la misma muralla en forma de dificultad: tal práctica islámica niega absolutamente la libertad religiosa; es más, una religión así constituida y vivida es más una *cárcel* que un espacio de libertad. Acabo: ¿sabrán estas cuestiones, y así las tomarán en su justa consideración, los conversos occidentales al Islam procedentes de la tradición cristiana? No tengo más remedio que dudarle, y mucho.

<sup>3</sup> Pregunto: ¿qué *buena nueva* puede haber mejor que la noticia de que Dios mismo, por amor al hombre, toma nuestra misma condición humana y comparte nuestra suerte haciéndose *uno como nosotros*, salvo que, enseñándonos a vivir para salvar la muerte –“porque morir es solo morir, morir se acaba”: los hermosos y místicos versos de José Luis Martín Descalzo-, no conoció el pecado? Desde hace años pienso –y creo que siento: me *con-fío* a esa fe que es comunitaria y trinitaria- que negar esa buena noticia que es la encarnación del Hijo de Dios es privar a la humanidad de la mejor de las noticias posibles; de otra manera: negarla es retroceder dos mil años en la historia *evolutiva* de la espiritualidad –hasta los tiempos de Abraham o aún más atrás-, entendida como relación entre Dios y el hombre; de otra manera: negarla equivale a eliminar casi toda la riqueza de la *autorrevelación* de Dios contenida en la Biblia (en los profetas, en los libros sapienciales..., culminada en el Nuevo Testamento con Jesucristo): volvamos a *re-cordar* –esto es, a “pasar por el corazón”- que nos lo enseña Juan Pablo II, en diálogo con Vittorio Messori, en *Cruzando el umbral de la esperanza* (Plaza & Janés, Barcelona, 1994). Y es que el islam no es una religión de redención.

<sup>4</sup> Lo expreso muy fácil: Como Dios no se ha *encarnado* en la historia, Dios –Alá- es el Totalmente Otro Trascendente, cierto, pero al no haberse encarnado, no puede ser el Totalmente Otro Inmanente. Consecuencia: Dios no puede ser representado; la divinidad no puede ser representada; es una blasfemia el hacerlo; por extensión, el profeta Mahoma tampoco debe ser representado. No obstante esto recién dicho, el arabista e islamólogo Juan Vernet señala que *El Corán* no prohíbe *expresamente* la representación de imágenes asociadas a Dios y al Profeta, y que solamente los sectores más integristas del Islam estarían en total desacuerdo con la estricta prohibición de representar a la divinidad y a Mahoma mediante imágenes... Por mi parte, no he sabido encontrar en *El Corán* prohibiciones expresas de representar con imágenes la divinidad. Con todo, la invitación a un monoteísmo radical es una constante, lo cual es casi una invitación indirecta a no asociar imágenes a Dios. Además, tenemos el versículo 139 de la sura VII (véase), que cuenta cómo Dios se le aparece a Moisés sin dejarse ver por éste. Sin embargo, en los dichos del profeta Mahoma (los *hadices*) que componen y conforman la tradición oral del Islam, sí aparecen condenas del propio Mahoma a este respecto. Se trata de prohibiciones de representar figuras humanas mediante retratos pintados, prohibiciones de representar lo creado por Alá... Mahoma amenaza con el castigo eterno del infierno a los pintores. En total, son diez hadices o dichos del Profeta del Islam: véase Imán Nawawi, *El jardín de los justos* (la tradición oral del Islam, los hadices, recopilada en el siglo XIII), Tikal, Girona, 448 pp. La verdad es que, desde la mentalidad laica occidental y desde la experiencia del Dios cristiano que es Emmanuel o Dios con nosotros, no es posible creer en modo alguno que la voluntad de Dios pase por aborrecer que lo representemos mediante imágenes. Si se ha hecho hombre en Jesucristo, es porque nos invita a su *intimidación*; invitados a esta, nos es plenamente legítimo, lícito y hasta saludable espiritualmente hablando, *adorarlo* mediante imágenes, adoración que es siempre veneración, nunca idolatría.

humana mortal-, *tutear* a Dios –que es el Tú Totalmente Otro-, llamarlo *Papaíto, Padre mío y nuestro*, toda vez que Dios es amor, mejor, es el Amor, como nos enseña en su *Primera Carta* el evangelista Juan (1Jn 4, 8), el Padre bueno que nos trata como a hijos amados más que como a sumisos siervos<sup>5</sup>.

En vista de todo lo hasta aquí tratado, Dios es amor, es el Amor: su encarnación en la historia ha acontecido, así pues, por amor al hombre; por extensión, la sexualidad humana, creada por Dios, alcanza su plenitud *solamente y si* es agapeística<sup>6</sup>. Así las cosas, sobran las descalificaciones contra la tradición cristiana perpetradas por Hashim Ibrahim Cabrera en su “Sexualidad y espiritualidad”.

La *encarnación del Verbo* –usemos la cursiva ahora, a modo de expresión conclusiva para este apartado- no puede sino ser la *buena nueva* más sensacional y *revolucionaria* –los adjetivos sólo pueden ser humanos- que ha acontecido en la historia de la humanidad, por pura *iniciativa gratuita* de Dios. Así pues, negarla es en verdad más bien una mala noticia para el hombre. Sólo un Dios *encarnado* ampara y comparte la suerte vital del hombre y posibilita que, en efecto, la existencia humana pase a ser un *drama* en cuyo desarrollo mucho nos jugamos –nos jugamos nada menos que *el ser o no ser*: el llegar a ser lo que somos o por el contrario el perdernos eternamente en una soledad desesperanzada y cerrada a Dios-, habiendo dejado de ser algo así como una *tragicomedia* en la que, de una manera cíclica, estaríamos *condenados* a ser libres para morir sin redención posible: siendo seres para la muerte –con Heidegger- que no alcanzan a ver *más allá* de la orilla, para así llegar a ser seres para más allá de la muerte –con Levinas-.<sup>7</sup>

Sólo un Dios encarnado puede ofrecernos el don y la esperanza de experimentar en *carne propia* que *Deus caritas est*; cerrado a la encarnación del Verbo, *El Corán* viene a ser para los cristianos algo así como una relectura del Antiguo Testamento en clave simplificadora.

### 3. Las razones de Hashim Ibrahim Cabrera

Como lo prometido es deuda y por más que el *pago* de esa deuda lo vayamos a hacer brevemente, esto es, en o con pocas palabras, vamos a ver en este tercer apartado un poquito de lo que dice Hashim Ibrahim Cabrera.

1) El “pecado católico” por antonomasia no es el de la carne, aunque sí es indudablemente cierto que en no poca medida la Iglesia católica en particular y la tradición cristiana en general no siempre han sabido presentar una valoración optimista, esperanzada y esperanzadora y acertada de la sexualidad humana. Así, con excesiva frecuencia la misma Iglesia católica no ha sabido ser *madre y maestra*, buena consejera en los a menudo delicados, espinosos y decisivos asuntos de la sexualidad humana, y sí todo lo contrario, otorgadora de pesados fardos a lo ya de por sí...

En este mismo orden de cosas, la posición algo *gnóstica* de ciertos Padres de la Iglesia y de algunos autores eclesiásticos –por lo demás, figuras de capital importancia en el desarrollo de la teología y la espiritualidad cristianas- ha pesado lo suyo. A decir verdad, el pecado católico por antonomasia –por extensión, el pecado de los cristianos- no puede ser otro que el rechazo a vivir según el espíritu del

---

<sup>5</sup> De ahí que diga el propio Jesús a sus discípulos: «Ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando. Ya no les llamaré servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Les llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi padre.»: Jn 15, 14-15. En efecto, la *intimidad* de Dios que nos revela Jesucristo no puede tener cabida en el monoteísmo islámico: Dios es una comunidad de amor *trinitario* (Padre, Hijo, Espíritu Santo).

<sup>6</sup> Véase una vez más la encíclica *Deus caritas est*, sobre todo su parte primera.

<sup>7</sup> El olvido e incluso desprecio de la *promesa* de Dios que *inhabita* la esperanza cristiana está muy pero que muy presente en la cultura predominante en nuestros días, por lo común adscrita a ese cajón de sastre que se llama *postmodernidad*. Verbigracia –por poner un solo ejemplo-, reparemos en las letras de ese *poeta* urbano que se llama Joaquín Sabina. Su ingenio verbal, su calidad como letrista son indudables; los excesos de su vida, reales o hechos a la ficción del material literario, son signo manifiesto de la secularización de la sociedad actual; la *nostalgia* de Dios que es posible descubrir en no pocas de sus canciones, aparece en el trasfondo de un escenario en el que sobreabundan, insisto, los excesos de la modernidad-postmodernidad, la búsqueda irredenta de la felicidad, el deseo de unión-comunicación con el otro –intención tan loable como salpicada de dificultades-, la búsqueda de un cuerpo a *quien* amar buscando en su centro un alma, la denuncia de la soledad del hombre de nuestros días, del *urbanitas* que deambula, entre masas anónimas invadidas por la prisa, mendigando un trozo de afecto, una mirada cómplice que vaya más allá de los mecanismos de deshumanización a que está sometido el hombre en la actualidad, etcétera. Otro ejemplo: reparemos en cómo es presentado el amor humano en el cine de nuestros días, en los grandes medios de comunicación de masas, en las noticias que tanto proliferan sobre [famos@s](#), cantantes de música pop, actores y actrices... En general y salvo honrosas excepciones, no es un tipo de amor en que parezca abundar lo agapeístico, la promesa de fidelidad “hasta que la muerte nos separe”, el amor desinteresado, la entrega de la vida, el apoyo mutuo, el sacrificio a fondo perdido por el otro, la generosa apertura a la transmisión de la vida... Por lo general, ya digo, se trata de un tipo de amor que podríamos denominar amor *pasión*, amor *romance*: su duración en el tiempo va a depender de lo que tarde uno de los dos –y siempre en el supuesto de que no intervengan terceros en esa historia, porque entonces la cosa ya está más claramente condenada a la desaparición- en cansarse del otro, en hartarse del otro; va a depender, y muchísimo, decisivamente, de la permanencia de la *chispa*, del *feeling*; apagados estos, *bye bye love, bye bye happiness*...

Evangelio, cuya entraña es, como venimos aquí afirmando, el amor, el amor llevado a todas las fases y facetas de la vida.

La sexualidad humana vivida desde una antropología *revelada* que expresa la *verdad del hombre*, no disocia el *eros* del *ágape*; muy al contrario, trata de unificar esas dos fuerzas constitutivas del ser del hombre que, ontológicamente queda constituido como *imago Dei*, y existencialmente –desde una experiencia personal de permanente conversión- como *templo del Espíritu*. Por lo demás, la alianza de amor –ni que decir que no exenta de vicisitudes y problemas en su aplicación práctica, esto es, en el día a día de los esposos- vivida como sacramento de entrega en fidelidad, en apoyo mutuo total y en apertura *fecunda y sponsal* a la vida, tiene como modelo la alianza de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa.

De ahí que no sea precisamente una broma o una bagatela la verdad bíblica de “serán los dos [hombre y mujer] una sola carne.”<sup>8</sup> Desde la perspectiva de la antropología bíblica, el *eros* ha de ser vivido en pro de la promesa infinita que es Dios, justamente porque ha de ser purificado y sanado de la amenaza permanente del egoísmo. Es así como, abierto a esa dimensión infinita y promesante que es Dios, el *eros* pasa a estar al servicio del *ágape*, con lo cual queda, de alguna manera al menos, como *reestablecida* la visión antropológica de la sexualidad según el plan inicial de Dios: véase para todo esto la bellísima aportación de la llamada *teología del cuerpo*, de Juan Pablo II, densamente filosófica –neotomista y personalista- y bíblica.

2) La noción de *pecado original*, que tan superficialmente despacha nuestro autor, tiene su plenitud en la *feliz culpa que mereció tal redentor* –según celebrada exhortación de gusto tan paulino-, de modo que el pecado original no viene a estropearnos la fiesta de la vida: con Cristo, el tiempo se hace *kairós* (véase la obra del teólogo protestante Óscar Cullmann). El cristianismo es una *religión* de redención en la que acontece la singular experiencia de la gracia santificante. Al igual que sucede con el islamismo, el judaísmo, el budismo, con todas las religiones y credos y hasta con cualquier sistema ideológico que se precie, confundir lo que “hacen los cristianos”, que es siempre digno de perfección y mejora, con el núcleo del mensaje, es poco serio, poco honesto, poco riguroso, científicamente hablando.

3) El cristianismo no desprecia el mundo; al contrario, trata de *con-vertirlo* según el plan de Dios, viviendo la certeza de ser *ciudadanos del cielo* que peregrinan por el mundo, por la historia, viviendo en el mundo sin ser del mundo,<sup>9</sup> desde una tensión que no es otra que la exigida por la tarea de construcción del Reino de Dios. No hay, así pues, ni asomo de fatalismo en la relación del hombre con Dios y sí más bien *cooperación* del primero con el segundo en la obra *creadora* de este último.

4) Jesús de Nazaret no es un profeta anunciador de Mahoma, que sería así el *sello* de los profetas. Cualquier persona puede conocer (para lo cual bastarían unos mínimos rudimentos bíblicos y exegéticos: tal es mi caso) que el evangelio de Juan, el más tardío de los evangelios y el más simbólico-teológico, fue originariamente escrito en griego. Así, cómo aceptar como rigurosa, desde un punto de vista exegético, la pretensión islámica de establecer que el término original griego *paracletos* (Jn 16, 13-15), en una redacción original por supuesto perdida y de la que no hay ni el menor rastro ni noticia alguna por donde quiera que se busque, rápidamente manipulada de *mala fe* por los cristianos, era *periclitos*, que significa “el glorioso”. *Periclitos* podría traducirse en árabe por *Ahmed*, y este es uno de los cien nombres atribuidos a Mahoma, entre epítetos y nombres propios. Así, el evangelista Juan quiso decir, antes de la pérfida manipulación de los primeros cristianos, no *paracletos* y sí *periclitos*, con lo cual estaría anunciando no la venida del Paráclito (el Espíritu Santo) y sí la del profeta Mahoma.

Por lo demás, por más que he consultado alguna bibliografía al respecto, no he logrado descubrir que el evangelista Juan –o el discípulo o discípulos que redactaran al menos en parte el evangelio que lleva su nombre- supiera árabe. Asimismo, en un evangelio tan *cristológico* como el de Juan, del que hoy en día conocemos que fue largamente meditado y escrito con el objetivo principal de defender el cristianismo frente al judaísmo, ¿cómo entender y encajar una presunta profecía anunciadora del profeta Mahoma que, *de hecho*, pondría radicalmente en entredicho la filiación cristológica, y por ende, mesiánica y divina de Jesús? La cristología de Juan proclama que Jesús, muerto y resucitado, es la fuente de la vida eterna.

Con todo, es lógico y consecuente con el credo islámico sostener tal creencia, y naturalmente no es en modo alguno exigible que pase a creer en Jesucristo según el cristianismo. Si algo ha de definir el diálogo interreligioso es justamente el respeto a la verdad del otro. No obstante, lo que sin duda puede ser más criticable o discutible es el sostener, como en este caso que nos ocupa, tesis *probatorias* de que Jesús no es Dios que carecen de un mínimo rigor histórico y exegético, si bien no descarto del todo que sea posible que a mí me parezcan las de Hashim Ibrahim Cabrera opiniones infundadas y por tanto poco sólidas y rigurosas, porque no las comparto. Sin duda, la sola tarea de *discernir* cuáles son o sean opiniones y argumentaciones bien fundadas y cuáles infundadas, no es tarea fácil.

---

<sup>8</sup> Gén 2, 24 y ss.

<sup>9</sup> Jn 15, 18-25.

5) En su breve ensayo, Hashim Ibrahim Cabrera insiste en la naturaleza y orientación *castradoras* de la visión cristiana de la sexualidad, frente a lo cual propone el *naturalismo* de la visión islámica al respecto, liberadora de todas las potencialidades sexuales del hombre. En realidad, la visión cristiana de la sexualidad es exigente, quién lo duda, muy exigente, y aunque a lo largo de dos mil años de historia cristiana ha habido ciertamente muy confusos momentos en la comprensión de la sexualidad humana, no resulta menos cierto afirmar que la sexualidad cristiana es integradora de la igual dignidad del hombre y la mujer. De ahí que el matrimonio entre bautizados haya sido elevado por el propio Jesucristo a la categoría de sacramento: fiel, fecundo, institucionalizado, alianza de amor y de apoyo mutuo entre los esposos, vitalicio...

Es, por tanto, un *sacramento*, no un mero contrato legal. Bendecidos con el sacramento del matrimonio, los esposos están invitados a vivir sus vidas compartidas teniendo como modelo nada menos que a Cristo *Esposo* entregado a la Iglesia *Esposa*. Así las cosas, no pueden sino ser una ofensa a la dignidad del matrimonio según *el plan de Dios*, la poligamia, el divorcio, y no digamos la legalización del concubinato. Jesucristo –insistamos en esto- muestra un gran aprecio por el matrimonio como alianza de amor entre el hombre y la mujer, e incluso la propia Iglesia, sobre todo en los tiempos modernos por personal iniciativa de papas como Juan Pablo II, promueve el reconocimiento oficial de la vida de santidad de algunos matrimonios cristianos.

Con todo y dando por indudablemente ciertas la grandeza antropológica –en toda la amplísima extensión del término- y religiosa del matrimonio cristiano, Jesucristo mismo propone la renuncia a algo tan grande como es el amor conyugal por causa del Reino de Dios y su justicia. Sobre este particular, querría revelar que –y hacerlo de manera clara y contundente-, a mi juicio y creo que en plena conformidad con la fe de la Iglesia, sólo a Dios hecho hombre o a un loco de remate pudo habérseles ocurrido el pedir a algunos de sus discípulos, coetáneos y de los siglos venideros, la renuncia al matrimonio por causa del Reino, y no por ninguna otra causa.

Sólo Dios en persona, autor de la vida, es capaz de exhortar a algunos que quieran seguirlo a que, sin dejar de reconocer en ningún momento la maravilla del matrimonio, verdadero camino de santificación de los esposos (no exento tal camino, empero, de dificultades y de espinas, ni que decirlo: nada grande se ha conquistado sin una gran pasión, descubrió Hegel), libre, voluntaria y gozosamente renuncien a formar una familia propia por causa del Reino de Dios y su justicia.

6) Ecumenismo y diálogo interreligioso no significan en modo alguno que en el final del camino de ese diálogo se encuentra esperándonos la meta del “todo da igual” porque en realidad todas las religiones son lo mismo, vienen a ser lo mismo, son *de facto* y *de iure* caminos igualmente válidos de encuentro con Dios y de salvación. En absoluto. Por una parte, hay un solo salvador de la humanidad: Cristo Jesús el Señor; por otra, entendamos que el ecumenismo y el diálogo interreligioso significan que la búsqueda *compartida* de la verdad ha de desarrollarse con un talante de respeto, cordialidad, colaboración, en un “clima de diálogo”, en claves de valoración de lo positivo que hay en el otro. El diálogo ecuménico e interreligioso promueven el amor, sólo que, como rezan los conocidos adagios clásicos, “la verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero”, porque “amigo es Platón, ciertamente, pero más amiga lo es la verdad”.

Esto significa que de la misma manera que el fiel musulmán proclamará que Mahoma es el sello de los profetas, esto es, la última y definitiva revelación de Dios a los hombres, el cristiano proclamará que Jesús de Nazaret es el Mesías, el Cristo, la plenitud de la revelación del Padre. Hablando con propiedad cristológica y teológica, afirmaríase que el cristianismo no es propiamente una religión: el cristianismo es la esencia de las religiones (la religión de las religiones, o mejor, la *religión* que hay en las religiones), de suerte que es la única fe religiosa en la que Dios mismo sale al encuentro del hombre. A este respecto, recordemos cómo los propios fariseos acusaban a Jesús de Nazaret y a sus discípulos de ser poco *religiosos*, poco piadosos en los cumplimientos rituales. En realidad, el propósito de Jesús de Nazaret era bien distinto, a saber, colocar por delante de lo propiamente moral, y no digamos lo propiamente ritualístico, la entraña de la experiencia religiosa del Dios bíblico cuyo cumplimiento o plenitud es el propio Jesucristo, lo cual no es otra cosa que la gozosa proclamación del incombustible amor de Dios al hombre, a todo hombre.

En vista de todo esto, el cristianismo es lo filosófica, teológica y ontológicamente más *lógico*: en la encarnación del Verbo acontece que es el *Logos* en persona Quien sale al encuentro del hombre, lo cual no puede sino ser una maravillosa noticia, la más maravillosa de las noticias posibles. Por ella, la naturaleza humana –también consecuentemente la sexualidad humana- queda aún más dignificada si cabe, y por si no bastara para esto mismo la verdad proclamada en *Génesis 2*.

Como muy bien hubo de proclamar san Justino *mártir*, al final de su vida apasionadamente entregada a la búsqueda de la verdad *última*, que es Cristo Jesús, en diálogo esa búsqueda con todas las importantes corrientes de pensamiento de su tiempo, lo más científico y racional es el cristianismo: no hay contradicción –no pueda haberla- entre razón y fe<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> En su encíclica *Fides et ratio*, el papa Juan Pablo II pone en primer plano, en algunos de sus números, esta viaja certeza doctrinal.

## 4. A modo de conclusión

### 4.1. Momento conclusivo primero

A pesar de lo que acabo de afirmar, no consigo evitar esa cierta impresión de mal gusto o mal sabor de boca que me ha dejado el volver a leer, luego de transcurridos varios años de una primera lectura, "Sexualidad y espiritualidad" de Hashim Ibrahim Cabrera. Insisto: a menudo no es nada fácil –ni conveniente– separar la paja del trigo, lo bueno de lo malo... Pero es que el artículo que aquí nos ha traído me parece –me sigue pareciendo– tan unilateral, tan tendencioso, tan salpicado de prejuicios contra la tradición cristiana...

Con todo, muy probable puede que venga a ser que en los actuales tiempos, y además si añadimos el lamentable episodio de la crispación provocada por las tristemente famosas caricaturas o viñetas *contra* Mahoma, inicialmente publicadas por un periódico danés y luego reproducidas por algunos rotativos del resto de Europa, deberíamos exigir y exigirnos, justamente para mejor favorecer el diálogo ecuménico, intercultural e interreligioso, y el respeto al otro que es prójimo para así construir y poner las bases de la paz entre los pueblos, deberíamos exigir y exigirnos, digo, pasión por la verdad, delicadeza y respeto a la verdad del otro, por más que esta no pocas veces nos parezca errónea o hasta disparatada. De ser así, también tendría que aprender mucho y largo quien estas líneas ha escrito.

Con todo, la encarnación del Verbo no puede sino ser la noticia más maravillosa de todas cuantas noticias puedan ser posibles y dadas al hombre: Dios mismo sale al encuentro del hombre *por gratuita iniciativa de su amor*. Esta noticia es exclusiva del cristianismo, de manera que no es que sea triste o algo así el que los creyentes de otras religiones la ignoren o la rechacen o hasta la combatan, es que no puede dejar de existir una noticia de tal alcance, porque con ella Dios *se ha comprometido* con el hombre de una manera absolutamente única. A decir verdad, ¿qué otra podría haber mejor?, ¿acaso la *vuelta atrás* del monoteísmo que rechaza la Trinidad que es comunidad de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

Como puede verse o comprobarse, somos cristianos no porque vayamos al encuentro de Dios, sino porque Dios mismo ha salido a nuestro encuentro, al *emaús* de nuestra vida, al encuentro de cada vida humana *irrepetible*. Desde la experiencia de Dios que nos manifiesta Cristo, que es la plenitud de la revelación, el hombre *llega a ser lo que es*, es decir, plenamente *imago Dei* rescatada por Cristo Jesús, Salvador de la humanidad.

### 4.2. Momento conclusivo segundo

En definitiva, tratando de mantener en todo momento la voluntad de diálogo, entendimiento, colaboración, aprecio y respeto hacia y con los musulmanes –tarea no fácil, ciertamente, por causas y razones bien sabidas–, lo cierto es que me desconciertan afirmaciones como ésta que se permite formular el señor Riay Tatory, Presidente de la Unión de Comunidades Islámicas de España (UCIDE), en una reciente entrevista que se le hace publicada en *Alfa y Omega* nº 489 (09-III-2006):

<<(…) **¿Qué es Occidente para ustedes?**

Es un lugar de la tierra que también tiene comunidades islámicas. Debemos lograr el entendimiento y el diálogo por todos los medios a nuestro alcance. *El mundo es una sola sociedad, formada por la raza humana, una sola familia.*

**¿Es compatible el Islam con la cultura que se encuentran los musulmanes cuando llegan a Europa?**

*Los musulmanes saben adaptarse bien.* Muestra de ello es que hay musulmanes en cualquier país del mundo. *En todas partes del mundo conviven con los demás y contribuyen a construir el país.*

**Pero no es algo recíproco. En Arabia Saudí hay muchas restricciones a la libertad religiosa.**

*No creo que esto sea cierto.* Además, este país constituye una parte muy pequeña dentro del vastísimo panorama del Islam(…) >>

Veamos (las cursivas del fragmento reproducido de la entrevista son mías). Tiene uno la impresión, ante comentarios como los anteriores, que muchos musulmanes usan dos varas de medir: una, para mejor *adaptarse* a Occidente, para caer bien o algo así aprovechando el sistema de libertades propio de las democracias occidentales; otra, en ámbitos propiamente musulmanes, *fuera* del influjo de Occidente, para proclamar no precisamente que "el mundo es una sola sociedad, formada por la raza humana, una sola familia", ni tampoco que "los musulmanes saben adaptarse bien, colaborando con los ciudadanos de los países receptores en la construcción de la sociedad civil". Con todo, sin duda el colmo de los colmos es

pretender que creamos en Occidente que en los países de mayoría islámica –sean fundamentalistas o moderados, para el caso da casi igual- se respeta la libertad religiosa, sobre todo las de las minorías cristianas y judías, principalmente. Es como mínimo una desfachatez y una falta de respeto a esas minorías consideradas de “segunda clase” en las sociedades regidas por musulmanes, afirmar cosas como las que afirma el señor Riay Tatary.

No, señor Riay Tatary, no hay ninguna clase de reciprocidad en el trato en el asunto que nos ocupa, y usted debería saberlo, no hay o se da tal reciprocidad porque, simple y llanamente, en una mayoría de sociedades gobernadas por musulmanes la libertad religiosa es entendida como libertad para poder vivir la *única religión verdadera*, que es el Islam, la única religión verdadera dada a la mejor comunidad otorgada por Dios a los hombres, o sea, la *umma*, razón por la cual la humanidad no es precisamente una sola familia reunida en el amor, al menos según la perspectiva islámica, y sí más bien el mundo de los *infieles*.

Sin duda, por tales derroteros el diálogo desde la verdad que cantan los hechos se hace muy pero que muy difícil.

A mi juicio, más posibilidades de verdadero diálogo servido desde la pasión por buscar la verdad, el respeto y la justicia, cabe esperar de pronunciamientos como el siguiente (Juan del Río Martín, obispo de Asidonia-Jerez: “Libertad de expresión”. *Alfa y Omega* n° 489):

<<(…) Teniendo esto presente, comprobamos cómo en España hay dos varas de medir para las religiones. Hemos visto cómo los máximos dirigentes de nuestro país piden *sensibilidad* para comprender el Islam. Ellos mismos callan, o miran a otro lado, cuando hay ultrajes al cristianismo. (...) Da la impresión de que todo vale contra el cristianismo., incluso la tibieza en la aplicación de nuestro Código Penal.

Sin embargo, no todas las religiones son iguales. El cristianismo es la religión del amor y del perdón, como claramente dice Benedicto XVI en su primera encíclica. Eso le ha acarreado ser el grupo humano más perseguido del mundo en los tiempos modernos, supuestamente civilizados. Recientemente, el clima de intolerancia contra los cristianos se ha agravado, aún más, en muchos países de mayoría islámica, tras la polémica desatada por las viñetas danesas. El sacerdote jesuita de origen egipcio Samir Khalil Samir dice que “poco importa que los autores de esas caricaturas estén probablemente lejos de los principios cristianos. Para una minoría de musulmanes intransigentes, Occidente significa cristiandad porque conciben el mundo en términos de lucha entre religiones. Es difícil hacerles entender que muchas leyes occidentales, desde el aborto al divorcio, son seculares.

A pesar de todo, la respuesta de la Iglesia católica no puede ser otra que la marcada por el Concilio Vaticano II: “La Iglesia mira también con aprecio a los musulmanes, que adoran al único Dios, viviente y subsistente, misericordioso y todopoderoso (...) El sagrado Concilio exhorta a todos a que, olvidando lo pasado, procuren sinceramente una mutua comprensión”.

En conclusión: el derecho de libertad de expresión no puede implicar el derecho de ofender los sentimientos religiosos de los creyentes.>>

Así las cosas, acabo quedándome con estas recientes palabras del cardenal Biffi (Ibid., p. 4):

<<Europa, o volverá a ser cristiana, o se volverá musulmana. Lo que encuentro sin futuro en Europa es la cultura de la nada, de la libertad sin límites y sin contenidos, del escepticismo como conquista intelectual.>>

Arucas, febrero, 2006

LUIS ALBERTO HENRÍQUEZ LORENZO. Licenciado en Filología Hispánica. 52842959 E. 928 604652.  
luishenriquezlo@hotmail.com